LA REINA SIN REINO

José María Pérez

PERIDIS

ESPASA

José María Pérez «Peridis»

La reina sin reino

ESPASA NARRATIVA

© José María Pérez, 2018
© Espasa Libros S. L. U., 2018

Diseño de la cubierta: José Luis Paniagua
Capitulares y capiteles de interior: José María Pérez, *Peridis*

Preimpresión: MT Color & Diseño, S. L.

Depósito legal: B. 7.684-2018
ISBN: 978-84-670-5110-0

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal)
Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47

Espasa, en su deseo de mejorar sus publicaciones, agradecerá cualquier sugerencia que los lectores hagan al departamento editorial por correo electrónico: sugerencias@espasa.es

www.espasa.com
www.planetadelibros.com

Impreso en España/Printed in Spain
Impresión: Unigraf, S. L.

Espasa Libros, S. L. U.
Avda. Diagonal, 662-664
08034 Barcelona

El papel utilizado para la impresión de este libro es cien por cien libre de cloro y está calificado como **papel ecológico**

Capítulo 1

Toledo. Burgos. Sahagún. 1212-1214

La reina Leonor y sus hijas Berenguela y Leonor apenas habían conciliado el sueño desde que el 20 de junio de 1212 salieron a despedir a los ejércitos cristianos que, liderados por el rey don Alfonso de Castilla, se dirigían hacia el sur para enfrentarse en batalla campal al inmenso ejército que el Miramamolín había reunido para asestar un golpe definitivo a los reinos cristianos.

Las tres mujeres se hallaban en un estado de gran agitación porque tras varias semanas con el corazón en un puño tuvieron que ordenar el cierre de las puertas de la ciudad. Desde las azoteas del alcázar toledano habían visto, como un anticipo de la derrota, la llegada camino de Francia de una horda de ultramontanos desertores de la cruzada que campaban por la vega del Tajo, intentando asaltar la ciudad para saquearla como si fueran bandidos.

Mientras el negro tiempo y el voluble destino jugaban a los dados, Berenguela y su madre pasaban las horas esperando el regreso del ejército del rey don Alfonso, hilando venturas y desventuras de la familia, en la rueca de la memoria.

—Ay, hijas mías, ¡cuánto echo de menos a vuestras hermanas Blanca y Urraca! A estas horas estarán rezando por la victoria de vuestro padre y que regrese con bien. A Urraca no tanto porque Portugal está ahí al lado, pero me temo que nunca más volveré a ver a Blanca en esta vida. Nunca, nunca. Lo supe desde que se la llevó mi madre para casarla con el delfín de Francia, igual que supe que nunca volvería a ver

a mi padre cuando, con solo diez años, me trajeron a España para casarme.

»Al contrario que mi madre cuando vino a buscarla, yo ahora no tengo edad ni salud. Tampoco Blanca encontrará la ocasión de venir a vernos con la disculpa de peregrinar a Santiago porque ya va siendo hora de que alumbre de una vez al heredero del trono de Francia. Y quiera Dios que no se le malogre cuando se presente, como me pasó a mí con los primeros partos y embarazos.

—Madre, no os aflijáis, que Blanca es fuerte y seguro alumbrará un niño hermoso —trató de tranquilizarla su hija Berenguela.

La reina doña Leonor exhaló un profundo suspiro y añadió:

—Sí, tienes razón, hija mía, pero tampoco contábamos con la última desgracia de nuestra familia. ¿Quién lo iba a pensar? Con lo fuerte que era y la salud que tenía vuestro hermano Fernando. Pobre hijo mío, me acuerdo de él a todas las horas del día y todos los días desde entonces —clamó la reina—. Tan joven, apuesto y valiente como era y dejó a Castilla en la incertidumbre, a tu padre sin esperanza y a mí me partió el corazón. Insondables designios del Altísimo, que le señaló con el dedo.

—Con todos los respetos, madre mía, porque a veces nuestros pensamientos no tienen bridas que los sujeten —exclamó Berenguela—. Los míos me dicen una y otra vez que no fue dedo del Altísimo, sino el veneno de alguno de los que nos odian.

—¿Has dicho algo a tu padre al respecto?

—¿Qué sentido tiene añadir deseos de venganza a las tribulaciones de mi padre?

—¿Sospechas que la ponzoña vino de lado del rey de León?

—¿De dónde si no? Sospecho que alguno de sus allegados pudo perpetrar semejante monstruosidad para beneficiarse de la juventud de mi hermano Enrique. Mira por dónde, desoyendo la llamada del papa, Alfonso no ha querido acom-

pañar a nuestro padre. Al contrario, con ayuda de Pedro de Castro, sañudo contra nosotros como su padre, ha aprovechado la cruzada para quitarme alguno de los castillos de mi dote.

* * *

A Toledo llegó la noticia de una gran victoria en Las Navas de Tolosa, pero las mujeres no mostraron su júbilo hasta la confirmación del rey.

Hacía mucho calor en Toledo, como suele ser habitual a finales de julio, y aún repicaban las campanas de la ciudad del Tajo cuando Berenguela terminó su carta que por mano de un cisterciense viajaría hasta París.

> *Berenguela, por la gracia de Dios reina de León y de Galicia, a su querida y siempre amada hermana Blanca, esposa de Luis, primogénito del señor rey de los francos, con amor fraterno y deseándole feliz y sincero parabién.*
>
> *Quiero informarte, con alegre acción de gracias a Dios, de quien procede toda verdad, de cómo el rey, señor y padre nuestro, venció en batalla campal al Miramamolín. En la cual victoria, creemos, se ha acrecentado su honor, principalmente porque hasta ahora nunca se había oído que un rey de Marruecos hubiese sido vencido en una confrontación campal.*

Omitió que el ejército llegó diezmado y su padre, avejentado y consumido por la enfermedad porque la victoria solo trajo a corto plazo magras conquistas y no contó que los pobladores de Baeza huyeron a la vecina Úbeda, que estaba reciamente amurallada, y después de un violento asedio se rindió a costa de muchos muertos y gran número de cautivos. Tampoco escribió que, después de incendiar lo que quedaba de ambas ciudades, detuvieron la ofensiva a causa de una epidemia de flujo del vientre que, entre otros muchos, acabó con la vida de Gómez Ramírez, gran maestre del Temple.

* * *

Para ponerse a resguardo de los fríos burgaleses, los reyes de Castilla junto con sus hijas Leonor y Berenguela y sus nietos Fernando, Alfonso, Constanza y Berenguela celebraron en Toledo las Navidades del año 1213, parco en conquistas debido a las inclemencias del tiempo y a la escasez de alimentos.

Después de lamentar la calamitosa situación de las gentes del reino a causa de las incesantes lluvias, la conversación de los reyes de Castilla giró hacia los esfuerzos que hacía para atender a los pobres don Rodrigo, el arzobispo de Toledo.

—Como buen navarro, cuando encuentra una causa digna, nada se opone a su santa voluntad —intervino el rey don Alfonso, contando a sus nietos Fernando, Alfonso, Constanza y Berenguela la historia y personalidad del personaje—. Le tenía en gran estima mí tío Sancho, al que llamaban el Sabio, que tuvo a Rodrigo en su corte cuando regresó a Navarra después de estudiar derecho y filosofía en Bolonia y teología en París, donde se hizo doctor en ciencias. Además, es pariente de Domingo de Guzmán.

Cuando nadie le esperaba, el mayordomo anunció la llegada del prelado.

—¡Ay, Dios mío! —gimió la reina—. ¿Le habrá pasado algo a nuestra hija Blanca? Algo muy grave tiene que haber sucedido para que monseñor deje de lado sus historias para subir al alcázar a estas horas de la noche.

El purpurado apenas tuvo que esperar y, como se sabía bien recibido, entró sonriente, deslizándose sin apenas rozar el suelo. Se acercó a los reyes con ademán humilde, como ocultando su sapiencia y el dominio de todos los idiomas, incluso el arábigo y el que hablaban los judíos. Ojos chispeantes y mirada inquieta, pelo lacio y facciones finas y un tanto femeninas y nariz pequeña y recogida, aunque ligeramente aguileña, que contenía la respiración cuando suspiraba. Los pómulos salientes pero con moderación y los ojos garzos, vivarachos y chispeantes, más separados que juntos.

—Sois bienvenido, monseñor. Visto vuestro semblante, no deben de ser malas las novedades que nos traéis a estas horas

—exclamó don Alfonso, invitándole a que tomara asiento a su vera.

—Alabado sea Nuestro Señor, que premia a los justos y castiga a los infieles y que para celebrar las fiestas de la Natividad ha sepultado en los infiernos al Miramamolín.

—¿Ha muerto el gran enemigo de la fe cristiana y de nuestros reinos? —preguntó incrédulo, poniéndose súbitamente en pie, el rey don Alfonso.

—Humillado por la vergonzosa derrota de la que su majestad fue protagonista y yo testigo a su lado, volvió a Marrakech en tal estado de melancolía que solo se ocupó de buscar consuelo en los placeres y olvido en las adormideras. Se desentendió de tal modo de sus obligaciones de monarca que, después de envenenarle, han puesto en su lugar al joven Al-Mustánsir —afirmó el prelado con hablar calmo y pausado, como si de un asunto baladí se tratara.

Madre e hija, que asistían a la conversación en silencio, se acordaron del príncipe don Fernando y preguntaron al unísono:

—¿Cómo sabéis que fue envenenado?

—Se habla de que los alquimistas y galenos arábigos han destilado un mortífero y gelatinoso brebaje, tan insípido como el agua, que corroe lentamente la salud de quien lo ingiere, de modo que sus efectos le causan la muerte en unas pocas semanas.

—Ahora solo falta que cese el diluvio que ha desbordado nuestros ríos y anegado nuestros campos este otoño —exclamó doña Leonor.

—Se han abatido sobre nosotros todas las calamidades —estuvo de acuerdo el arzobispo—. Estoy seguro de que el año que empieza será mucho mejor que el precedente, porque peor es imposible. Recordarán sus majestades que el año pasado heló en octubre y en noviembre. También en diciembre y enero y febrero y no llovió en marzo, ni en abril ni en mayo ni en junio. Nunca tan mal año hubo desde que hay memoria. No cogimos grano alguno. Huyeron los colonos y quedaron yermas las aldeas de Castilla. A causa de nues-

tros muchos pecados, el Señor no escuchó las rogativas. Cuando estalló el clamor de los pobres, predicamos acerca de la caridad. El Todopoderoso incitó de tal modo los corazones de las gentes que los que oían la palabra del Señor han acogido en sus casas a unos cuantos necesitados hasta que la tierra fructifique. Se ha acrecentado de tal modo la caridad que apenas queda nadie en la ciudad de Toledo que no tenga su propio valedor.

—Para dar de comer a los hambrientos, socorrer a los menesterosos y atender a los enfermos hemos hecho continuas donaciones al monasterio de Las Huelgas para el hospital de pobres y peregrinos para proporcionarles un techo y algo de comida caliente —relató doña Leonor.

—Ni quedan hombres para la guerra ni modo de encontrar alimentos —se lamentó el rey—. Pocos son los caballos y jumentos que restan en el reino de Castilla, y niños, mujeres y hombres mueren en catervas consumidos por el hambre, sin hallar quien los entierre. Es tan grande el hambre en este reino como nunca se vio ni escuchó en estas tierras desde los tiempos antiguos. Los moros, sin embargo, tienen abundancia de caballos, cebada, trigo y aceite y toda clase de alimentos que obtienen de sus huertas bien regadas y cultivadas.

—Hagamos como Jacob, que en aquellos tiempos en que había gran escasez en la tierra de Israel envió a sus hijos a Egipto para que compraran víveres para sobrevivir —propuso el arzobispo.

—¿Se sabe si el tal Al-Mustánsir es pacífico o belicoso? —inquirió Berenguela, preocupada por el cansancio y la debilidad de su padre y la consunción de su madre.

—Es muy joven todavía y de momento bastante tiene con afianzarse en el trono y sofocar las revueltas que originó en su reino la acidia de su padre. ¿Por qué os interesan esos pormenores? —preguntó el prelado.

—Porque, si su eminencia no tiene a mal hacer un paréntesis en la cruzada, podríamos enviar al judío Ibrahim Al-Fakhar, que, como está islamizado y es hombre de gran sabiduría y dotes diplomáticas, es la persona más adecuada para

proponerle unas treguas que permitan fructificar a los campos, reponerse a los hombres, crecer a los mancebos y reproducirse a los animales y de este modo podríamos comprarles víveres a los infieles —intervino la reina Leonor.

—Puestos a hacer las paces con los infieles, ¿por qué no las hacéis con el rey de León? —preguntó el prelado al rey don Alfonso.

—Mi primo es vengativo y envidioso —exclamó don Alfonso de Castilla.

—Tienes razón, padre mío, pero es el padre de mis hijos y tenemos que asegurarnos de que cumpla los tratados y ese reino venga a parar a las manos de tu nieto Fernando —interrumpió Berenguela—. Me casaste con él para lograr las paces después de la desgracia de Alarcos y, ahora que habéis vencido en Las Navas al infiel y ya no vive, tenemos que conseguir de buen grado que Alfonso cumpla lo que firmó en Cabreros.

—Lo que señala vuestra hija es razonable. Majestad, tendríais que propiciar un encuentro en familia, porque estoy seguro de que el rey de León estará deseando ver a su prole de nuevo. Si no lo hace, se distanciará de ellos. Ya lo dice el vulgo: ¡ojos que no ven, corazón que no siente! Cuando contemple la donosura de sus vástagos, se le enternecerá el corazón y hará lo que es de justicia: combatir con saña a los infieles y dejar el reino en manos de vuestro nieto Fernando.

—Es prudente lo que me aconsejáis, monseñor. Noto que el tiempo me alcanza y que tengo que aprovechar el que Dios me conceda de ahora en adelante para poner en orden el reino y quedar en paz con mi conciencia. Por ello, propiciaré un encuentro en familia con el rey de León, tan pronto como pase el invierno.